

ORIGO VERITATUM CONTINGENTIUM EX PROCESSU IN INFINITUM
(verano de 1689)
AA VI, 4, n 327₂, p. 1661-1664

[1661] Origo veritatum contingentium ex processu in infinitum
ad exemplum proportionum inter quantitates incommensurabiles

VERDAD		PROPORCIÓN
	<i>es, es inherente</i>	
el predicado al sujeto		la cantidad menor a la mayor o la igual a la igual
	<i>se muestra</i>	
dando razón		explicando relaciones
	<i>mediante análisis de los términos comunes a ambas</i>	
nociones		cantidades.
	<i>Este análisis es finito o infinito.</i>	
	<i>Si es finito, se dice</i>	
demostración		invención de una medida común o conmensurabilidad.
y la verdad es necesaria		y la proposición es decible (effabilis)
	<i>pues se reduce a</i>	
verdades idénticas		congruencia con la misma medida repetida,
	<i>esto es, al primer principio</i>	
de contradicción o de identidad		de igualdad de lo congruente.
	<i>Pero si el análisis procede al infinito</i>	
	<i>y nunca se llega a término (ad exhaustionem)</i>	
la verdad es contingente		la proporción es indecible (ineffabilis)
y envuelve infinitas razones		y contiene infinitos cocientes
	<i>pero siempre queda algún residuo</i>	
del que de nuevo habrá que dar razón		que muestra un nuevo cociente.
	<i>Continuando el análisis se produce una serie infinita,</i>	
que, sin embargo,		sobre la cual
es perfectamente conocida por Dios		el geómetra conoce muchas cosas.
	<i>Y esta es</i>	
la ciencia de visión		la doctrina de los números sordos como se contiene en el Décimo de los <i>Elementos</i> ,
	<i>y es distinta de</i>	
la ciencia de simple inteligencia		la Aritmética común
	<i>pero ambas son no experimentales, sino que tienen infalibilidad a priori</i>	
	<i>y según su género</i>	
mediante razones ciertas,		mediante demostraciones necesarias

contempladas sólo por Dios,
que comprende el infinito,
pero no son necesarias

conocidas por el geómetra, pero no
comprehensibles mediante números
decibles (*effabilibus*)

porque

dar demostraciones
de las verdades contingentes

conocer aritméticamente
las proposiciones sordas, esto es,
explicarlas mediante repetición
de una medida

es imposible.

[1663] Que se dan las verdades contingentes, en las que el proceso de dar razones se extiende al infinito, se comprende porque:

- a) existen *actu* infinitas criaturas en cualquier parte del universo;
- b) cada substancia individual envuelve en su noción completa toda la serie de las cosas
- c) conspira [*consentit*] con todas las demás
- d) por lo tanto, contiene algo de infinito.

El no haber entendido esto bien ha hecho que se considerara inexplicable la unión del alma y del cuerpo; porque, en rigor metafísico, no se influyen mutuamente, ni siquiera Dios mueve a uno con ocasión de la otra ni los perturba en su propio curso, sino que, siguiendo cada uno sus propias leyes de acuerdo con la admirable pero infalible dirección establecida en origen [*primaevae institutionis*], conspiran tan exactamente el uno y la otra como si hubiera un verdadero influjo. Pues bien, algo semejante ocurre entre todas las substancias aun entre las más remotas, aunque en ellas el consenso no se observe de manera tan distinta.

Si todo lo que ocurre fuera necesario, se seguiría que sólo lo que alguna vez existe sería posible (como pretenden Hobbes y Spinoza) y la materia adoptaría todas las formas posibles (como pretendía Descartes). De esta manera, no podría fantasearse ninguna novela [*Romanisci*] que no se realizar alguna vez o en algún lugar, [1664] lo que es absurdo. De manera que diremos que de las infinitas series posibles Dios eligió una por razones que superan la comprensión de las criaturas.

La causa del mal deriva de la limitación original de las criaturas antes de cualquier pecado; pues sólo es decretado por Dios lo que es puramente positivo, o sea, aquello que consiste en perfección y, por lo tanto, el mal es sólo permitido por Dios, lo que no ocurre en los hombres, los cuales no tienden por sí al mayor bien general.

Toda verdad que no es idéntica admite prueba: si es necesaria, mostrando que lo contrario implica contradicción; y si es contingente, mostrando que hay más razón para aquello que ocurre que para su opuesto. Pues, lo mismo que es propio del sabio, así es propio de Dios que su primer decreto o propósito sea hacerlo todo con la máxima razón. Así, por ejemplo, si imagináramos que tuviera que existir un triángulo de un determinado tamaño y no constara por los datos de dónde podría deducirse qué especie de triángulo sería, habría que decir que sería producido por Dios, de forma libre, pero sin ninguna duda, un triángulo equilátero. Pues no habiendo en los datos nada que impida la existencia de cualquier otro triángulo, el equilátero no será necesario. Y, a su vez, para que no sea elegido ningún otro basta con que respecto de ningún otro haya una razón mayor que en éste para que sea preferido a los restantes; dígase lo mismo si el dato es que deba trazarse una línea desde un punto dado a otro y no existe dato alguno que determine la clase o magnitud de la línea: se

producirá una recta, pero libremente, puesto que, no habiendo nada que impida una curva, tampoco hay nada que la requiera.

FIN

Madrid, octubre, 2011
Bernardino Orio de Miguel